

modificación de una lengua natural (ya proceda de un esfuerzo individual, ya institucional) la más mínima imposición de arriba abajo que afecte a la estructura formal de las lenguas, se encuentra *per se* condenada al fracaso" (pp. 34-35).

M. ^aLuisa Calero, tras un análisis muy completo y riguroso de los distintos proyectos de lengua universal, demuestra en este libro que la contribución española ha sido significativa. [SALVADOR LÓPEZ QUERO].

CALSAMIGLIA BLANCAFORT, H. y TUSÓN VALLS, A., *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*, Barcelona: Ariel, 1999, 386 págs.

La actual importancia de los estudios lingüísticos centrados en el discurso, y por extensión en los aspectos pragmáticos de la comunicación, ha motivado la edición de este grueso volumen al que sus autoras titulan *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*, justificando su intención de "presentar una panorámica y proporcionar un estímulo a quien pretenda una formación lingüística que aborde aspectos complementarios a la descripción de la lengua que se puede obtener en las gramáticas" (Presentación, pág. 12). La obra puede considerarse, pues, como uno de los últimos frutos del tipo de investigación dada a conocer en España en 1987 con el libro de M. Stubbs *Análisis del discurso. Análisis sociolingüístico del lenguaje natural*, y como una síntesis de las aportaciones que en esta línea han venido proporcionando muy diversos autores interesados también en cuestiones similares o coincidentes. Este esfuerzo por sintetizar, por resumir, queda claro sobre todo en el capítulo 1, en el que se intenta caracterizar qué se entiende por "análisis del discurso", enumerando las unidades que importan a tal análisis y esbozando el marco teórico de las disciplinas que de una u otra forma han contribuido a configurarlo "no sólo como una práctica investigadora sino también como un 'instrumento de acción social' aplicable a muy diversas "esferas de la vida social en las que el uso de la palabra -oral y escrita- forma parte de las actividades que en ellas se desarrollan" (pág. 26). Y dado que el discurso se manifiesta alternativamente a través del medio oral y a través del medio escrito, los capítulos 2 y 3 estarán centrados en el estudio de estas modalidades discursivas. Partiendo, pues, de los elementos básicos que aparecen en una situación de oralidad, y observando las formas en que se concreta, las autoras describen las características de la "conversación espontánea", vista como "protogénero o prototipo del que derivan todas las demás formas de realización discursiva" (pág. 32). Son, a continuación, variados los epígrafes dedicados al discurso oral y a sus características lingüístico-textuales, pero es oportuno destacar el que se circunscribe a los "elementos no verbales de la oralidad", descuidados por la tradición de los estudios lingüísticos y de naturaleza también muy diversa: gestos (elementos kinésicos), calidad de la voz, vocalizaciones (elementos paraverbales), reparto del espacio físico, etc. (elementos proxémicos). En paralelo a las producciones orales, las escritas (de las que el libro ofrece puntuales datos históricos y clasificaciones elaboradas según ámbitos temáticos) también son objeto de estudio dentro del Análisis del Discurso: junto al tratamiento de los procesos de escritura y de lectura se comenta igualmente la aparición de elementos no verbales y la importancia de características lingüístico-textuales

correspondientes a distintos niveles o propias de la organización informativa del texto (segmentación o titulación, por ejemplo).

Los cuatro capítulos siguientes constituyen la segunda parte del libro. En ésta se hacen, en primer lugar, consideraciones referidas al contexto (véase el capítulo 4º), concepto "esencial para todos los estudios lingüísticos que se plantean desde una perspectiva pragmática o discursivo textual" (pág. 101), y cuyo análisis parte siempre de los cuatro tipos en que ha quedado dividido: contexto espacio-temporal, contexto situacional (o interactivo), contexto sociocultural y contexto cognitivo. En segundo lugar se atiende a las personas participantes en el discurso, lo que obliga a tratar las marcas gramaticales o léxicas que sirven para representarlas y a incluir un epígrafe en que se comentan los enunciados de carácter polifónico, que dan entrada a lo que denominamos "discurso referido" o simplemente "citas". Es comprensible que, al considerar las personas del discurso, se llegue también a un nuevo capítulo titulado "Las relaciones interpersonales, la cortesía y la modalización". Se parte de que no es lo mismo cortesía social que cortesía lingüística, distinguiendo dentro de esta última entre cortesía positiva, negativa y encubierta, sin olvidar tampoco que hay determinados procedimientos sustitutivos mediante los cuales se incrementa asimismo la cortesía y se contrarrestan los actos de amenaza. Se acaba el capítulo dedicando un último apartado a la "modalización", fenómeno discursivo que afecta a las distintas maneras de decir las cosas: "un concepto que se refiere a la 'relación que se establece entre el Locutor y los enunciados que emite'" (pág. 174). El lector entiende, además, que después de estos comentarios pueda darse un nuevo paso en el capítulo 7º, reservado a hablar de las intenciones que tiene o puede tener el hablante y a explicar el proceso mediante el cual se interpretan tales intenciones. El objetivo de este proceso debe ser evitar los malentendidos, y para ello será fundamental distinguir entre el significado gramatical (valor semántico de las estructuras lingüísticas sin contextualizar) y el sentido o significado discursivo-pragmático (complejo mundo de relaciones entre formas lingüísticas, factores contextuales y posibilidades interpretativas). La necesidad de diferenciar entre la incomprensión y el malentendido, e incluso de observar las repercusiones humorísticas de esta última disfunción discursiva, serán el objeto del epígrafe que cierra el capítulo con el que concluye también la segunda parte del estudio.

Otros cuatro capítulos constituyen la tercera parte. El que se ordena como 8º, "La textura discursiva", hace alusión a los "elementos verbales que están organizados y relacionados entre sí de manera explícita o implícita" (pág. 217), con lo que se da entrada en él a las teorías expuestas en los numerosos estudios de la corriente denominada "lingüística textual", en la que a partir de la unidad comunicativa "texto" se van a desarrollar principios discursivos de gran trascendencia: el de coherencia (con sus dos modalidades: coherencia pragmática y coherencia de contenido) y el de cohesión (manifestado mediante procedimientos léxicos y gramaticales, y al mismo tiempo sustentado en la posibilidad de conjuntar la información de un texto con el mecanismo denominado

“progresión temática”, basado en la alternancia informativa entre el tema y el rema). A todo esto se añade un parágrafo final en el que se puntualiza la funcionalidad textual de otros elementos verbales de indudable importancia: los marcadores y conectores. De los primeros se hace una doble división en marcadores de organización global y marcadores que introducen operaciones discursivas; igualmente se esquematizan los tipos de conectores (aditivos, contrastivos y de base causal). Las autoras han creído conveniente indicar, asimismo, que los marcadores funcionan por igual en situaciones discursivas formales o en las propias del discurso espontáneo, si bien para este último caso creen que debe aceptarse una nueva diferenciación entre marcadores interactivos y marcadores estructuradores.

Partiendo de algo que ya se ha comentado, que la conversación es el prototipo de comunicación del que se derivan otros fenómenos discursivos, lo primero que se hace en el capítulo 9 es recordar el concepto de “género” en la retórica clásica y en la literatura, repasando la aplicación de este concepto en autores que han valorado su importancia (Bajtín es un ejemplo) y en disciplinas para las cuales ha sido necesaria su incorporación (estudios folclóricos o antropológicos). A continuación se aborda otro problema tangencial: el de los “tipos de textos”, problema que en este punto se resuelve utilizando la clasificación que J.M. Adam ha ido concretando en varias de sus obras. Y a partir, precisamente, de las ideas de este lingüista, de su teoría sobre las “secuencias textuales prototípicas”, se desarrolla todo un nuevo capítulo cuyo contenido se articula en torno a las cinco secuencias prototípicas o modos de organización del discurso, a saber: narración, descripción, argumentación, explicación y diálogo. Es importante resaltar que las autoras seleccionan varios textos de cada una de tales secuencias discursivas y a partir de ellos ejemplifican, comparan y esquematizan un amplio conjunto de factores que ayudan a comprender el funcionamiento en el discurso de cada tipo de texto, e incluso los cruces que entre unos y otros pueden producirse.

Se llega así al último capítulo del libro pero no a su fin, que queda marcado por un apéndice posterior que luego comentaremos. Importa ahora centrar la exposición en dos puntos fundamentales que aparecen referenciados en el título: “Decir el discurso: los registros y los procedimientos retóricos”. Con el primero de estos puntos se intenta delimitar la noción de “registro”, y ello a partir de la “presencia recurrente de un conjunto de rasgos verbales que contribuyen a especificar las características que distinguen un texto de otro” (pág. 327). La utilización de un registro determinado -y el libro vuelve a ofrecer seis ejemplos de registros diferentes- sirve bien para amoldarse a una situación comunicativa concreta, bien para crearla ficticiamente porque el realismo discursivo así lo requiera. En cuanto al segundo punto, dado que en la actividad discursiva son fundamentales los modos de decir o de expresar, tendrá como objeto los llamados “procedimientos retóricos”, y en relación con ellos se hace un repaso de las principales “figuras”: de palabras, de construcción, de pensamiento y de sentido.

La lectura de este libro concluye, como decíamos, con un apéndice centrado en el tema de la recogida y tratamiento de los datos que pueden servir para una investigación del discurso. Es un apartado subdividido en otros cuatro donde se exponen las cuestiones

siguientes: a) los datos orales, explicando cómo grabarlos y, especialmente, qué posibilidades o convenciones tenemos para transcribirlos; b) los datos escritos, cuyo registro y análisis exige igualmente determinadas técnicas y previsiones; c) el tratamiento de los datos, distinguiendo entre procedimientos informáticos y manuales; y d) el establecimiento de un "corpus", prestando especial atención a la cantidad de material necesaria y a la diferencia entre los corpus de lengua escrita y de lengua oral.

En la obra de H. Calsamiglia y A. Tusón se han aprovechado numerosos recursos para hacer la exposición teórica de los fundamentos en que se sustenta el Análisis del Discurso: se hacen planteamientos generales y se contrastan, en los casos más polémicos, con el resultado de otras investigaciones; se condensan, en esquemas o resúmenes, las ideas extraídas de estudios muy diversos, y se aportan numerosos textos orales y escritos como ejemplos; al mismo tiempo se utilizan citas textuales para introducir los capítulos, para aclarar planteamientos que resultan imprescindibles o novedosos y para apoyar los comentarios de las propias autoras, todo lo cual explica que en la bibliografía final se citen 307 autores distintos diversificados en un total de 468 publicaciones. Seguro que esta obra será apreciada tanto por su carácter recolector y divulgador como por sus posibilidades de aprovechamiento "no sólo en los ámbitos académicos (escolares y universitarios) sino también en muchos otros ámbitos profesionales en los que el trato personal, la discusión, la negociación o la correspondencia ocupan un lugar principal" (Presentación, pág. 10). [ANTONIO MORENO AYORA].

CHEVALIER, MAXIME, *Cuento tradicional, cultura, literatura (siglos XVI-XIX)*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1999, 248 págs.

Como señala en una sobria nota preliminar, la mayor parte de los trabajos que se incluyen en el volumen habían conocido ya la vida impresa. Podemos añadir que, asimismo, habían granjeado justa fama a su autor de ser uno de los mejores conocedores del cuento folklórico en los siglos de oro, pero también de ser uno de los investigadores que con más acierto y fecundidad habían extraído conclusiones y planteado revisiones de lecturas de aspectos centrales en la cultura literaria de la época, en particular en lo tocante a las relaciones entre la oralidad y la escritura. Este hecho bastaría para justificar la aparición de una obra recopilatoria, que sintetizara los hitos de esta trayectoria y pusiera al alcance del estudiante —y de muchos estudiosos— trabajos a veces dispersos en publicaciones desaparecidas o de difícil acceso. No obstante, la actitud del maestro no podía limitarse a esta mera colectánea: sin alharacas, sin grandes gestos y con escasas adiciones, Maxime Chevalier recompone su trayectoria eudita y crítica y ofrece nueva luz sobre los elementos que convergen en el título de la obra y, sobre todo, de sus complejas y cambiantes relaciones. Así, el cuento tradicional, la cultura y la literatura se ven iluminados por nuevas perspectivas, que contribuyen a perfilar —en algunos casos, casi a inaugurar— nuestros conocimientos sobre sus perfiles y sobre los elementos de contacto u oposición que mantienen, en especial en el período áureo, cuando los límites de las culturas —popular y sabia, oral y escrita— aún no habían adquirido su actual rigidez.